



Sin embargo, abundó, esto deriva en que estas mujeres queden enganchadas a la organización criminal al sentirse valiosas y encontrar que tienen habilidades en contextos donde recurrentemente se les dice que son tontas o que sólo sirven para la casa.

“En jóvenes de contextos precarizados son pocos los espacios para sentirse valoradas, para sentirse parte de una comunidad”, observó. Es por ello que, dijo, el reclutamiento de estas mujeres se da a edades muy tempranas, pues llegan a los grupos cuando tienen entre 11 y 16 años, principalmente por el estereotipo de que no se les imagina participando en actividades tan violentas. “Los grupos criminales se han dado cuenta de que las mujeres aportan unas características específicas que les permiten fortalecerse en términos de ampliar su portafolio criminal, porque las mujeres pueden realizar diferentes actividades, además de fortalecerse en su capacidad de hacer daño, porque nadie espera una niña sicaria”, manifestó. Además, al llegar a edades tan tempranas, empiezan a ascender y es probable que terminen en actividades

violentas. “Los grupos criminales están ahí para ofrecer lo que el Estado no puede garantizar”, enfatizó.

Conexiones personales

Ospina dijo que otro de los hallazgos es que las mujeres suelen caer en la delincuencia por conexiones personales.

“Muchas veces llegan a través de su pareja sentimental, pero otras por la socialización alrededor de sustancias prohibida, van entrando con actores criminales, en el caso de las parejas, se convierten en un ‘coach’, entran en las redes de confianza y van adquiriendo ciertas habilidades”, dijo.

Pero, además, al desempeñar roles de cuidadoras primarias, su participación también tiene un impacto multigeneracional, pues si las madres van a la cárcel, es probable que sus hijos adopten una vida delictiva.

“También cuando se quieren reintegrar enfrentan muchos más obstáculos porque regresan a esta sociedad súper patriarcal después de haber

experimentado el poder y les toca regresar a esa misma red de violencia y eso es fuerte”, afirmó.

¿Qué hacer?

Para Ospina, si bien no es fácil cambiar este panorama, es importante escuchar las historias de las personas que se involucran en estas organizaciones y trabajar conjuntamente para promover alternativas al crimen organizado para las jóvenes.

“El llamado es apostarle a invertir en proyectos comunitarios de mayor participación social, no exclusivos para mujeres, pero sí donde se busque la mayor participación de las jóvenes”, comentó.

Además, consideró fundamental la inversión en las cárceles y en los programas de formación laboral para mujeres detenidas y en centros de rehabilitación para el abuso de drogas.

